



CAMBIO DE SIGLO

## 1. EL ATLETA Y EL ASCENSOR

No hace mucho se efectuó una llamativa competición. Un atleta, con 'training' en velocidad y resistencia, señaló que corriendo escaleras arriba en un edificio de gran altura era capaz de vencer al ascensor, movilizad éste en la misma dirección y sin darse ventajas. Al llevarse a cabo el desafío efectivamente el atleta le sacó una considerable distancia al ascensor ya en el segundo piso, en el tercero y en el cuarto, y también seguía imponiéndose en el quinto y el sexto, pero habiéndolo alcanzado el elevador en el octavo piso, de ahí en adelante el atleta fue rezagándose hasta que, extenuado, admitió su derrota.

Esta anécdota da cuenta de la relación entre la política y la cultura. La primera siempre tiene la pretensión de imponerse a la segunda, pero es una ilusión de corto plazo; a la larga, la cultura doblega a la política en profundidad y permanencia. Al pragmatismo en la política le está concedido controlar situaciones de Estado, pero jamás podrá invitar a la sociedad a que renueve sus sentidos. Para no extraviarse en la oquedad del poder, la política debe ser recuperada como un arte ciudadano.

## 2. EL PODER ELITARIO

Hubo en 1989 un pacto de la clase política emergente con la clase político militar que sostuvo la dictadura. Un pacto necesario para la transición, pero que al proyectarse en el tiempo dejó de ser un convenio político y se transformó en un modo de ser cultural. La sociedad chilena internalizó culturalmente, entre sus modernidades, que las FF.AA debían conservar una injerencia sobre los poderes políticos, con capacidad de veto e incluso de intervención.

Hubo asimismo, en 1990, un pacto de la clase política emergente con el poder político-económico del empresariado. La clase "capitalista" aceptaría entregarle al nuevo gobierno recursos para sus políticas sociales a través de la reforma tributaria. A su vez, el régimen democrático mantendría el modelo económico. La sociedad quedó sujeta a la hegemonía cultural del libre mercado, y nunca se supo verdaderamente si la aceptación de estas condiciones respondían a una conveniencia política o a un íntimo convencimiento de que no había otra alternativa.

Hubo también en los primeros años de la transición un tercer pacto, esta vez con la Iglesia. Ella le entregó a la clase gobiernista su apoyo político para las tareas democratizadoras. Particularmente, y por tradición inmemorial, puso al servicio del proceso dos de sus carismas: la cruz frente a la espada (como límite al poder militar), y el samaritano frente al mercader (como límite al poder económico). En correspondencia, se le debió bajar el perfil a los temas de la "disolución liberal"; por esto, se mantuvo el no al divorcio y a las libertades sexuales. Así el conservadurismo en la cultura, obligado por el pacto político-eclesiástico, vino a perpetuarse como parte de la naturaleza de la democracia elitaria.

En el inventario de la década quedaron excluidos los movimientos sociales y culturales, y la ciudadanía fue marginada de la política, convertida ésta, cada vez más, en un ejercicio de elites. Lo que pudo ser negociación del momento, accidente del proceso y virtualidad pasajera, adquirió un carácter esencial, permanente y definitorio. Los supuestos de la transición se eternizarían, y con su nombre habría de conocerse el modelo democrático elitario, forma dominante de dirigir la política, la economía y la cultura del país. Es un modelo democrático en cuanto, a diferencia de la dictadura, contempla el sufragio universal y el imperio de las libertades civiles; pero es elitista, en cuanto las decisiones políticas más fundamentales le son sustraídas a la gente, y entregadas al acuerdo de las elites de poder.

### **3. LA CIUDADANIZACION DE LA POLITICA: LA HORA DE ELEGIR**

Cuando se piensa en cuál debe ser el carácter que asuma el próximo período presidencial hay dos grandes opciones. La primera es un gobierno de continuidad, en la línea del perfeccionamiento democrático elitario. Tiene a su favor la estabilidad y, en su contra, el desencanto. Es decir, tiene la oportunidad de ganar fortaleza institucional, pero habrá de perder crecientemente base ciudadana. La segunda es un gobierno del cambio, en la línea de la ciudadanización de la democracia. Tiene a su favor la adhesión de las mayorías y, en su contra, la fronda elitaria. Es decir, puede avanzar en la creación de una sociedad más justa, que le cambie la fisonomía a la República en el nuevo siglo, pero la resistencia elitista será porfiada, y peligrosa si no se la enfrenta con inteligencia.

Al menos, desde la lógica de la transformación de una democracia de elites en una democracia participativa es ineludible dirimir cuál de los tres vértices del poder debe ser confrontado en primer término, porque sería un desacierto volverse simultáneamente contra los tres frentes. Ni las Fuerzas Armadas, ni la Empresa Privada ni la Iglesia Católica son de por sí enemigas del cambio, y ninguna puede ser excluida de una política progresista. Lo que debe cuestionarse es la hegemonía elitaria de esas instituciones en la modernidad democrática.

#### 4. PLEBISCITO Y CONSTITUCION

Un signo principal de una política ciudadanista es la subordinación real y verdadera de las Fuerzas Armadas al poder constitucional de la ciudadanía. Pero, plantear el plebiscito como una iniciativa destinada a materializarse durante el gobierno de Frei es todavía más testimonial -usamos esta palabra con un dejo de ironía- que la acusación. Con todo, no es esa la dificultad mayor de la idea del plebiscito, sino la falta de un sentido que le dé consistencia. Se ha propuesto la fórmula del plebiscito para terminar con los senadores designados, o sea, para resolver en favor de la representación democrática, el problema de los quórum en el parlamento. Pero -y aquí está la inconsistencia- el tema de fondo es que no se tiene claridad respecto de qué hacer con los quórum si se los tuviese en la práctica. La Acusación reveló con patetismo cómo teniendo en la Cámara los quorum necesarios éstos no se usaron. ¿Qué hace suponer que mañana, en la eventualidad de que sólo haya senadores electos, se consigan mayorías parlamentarias dispuestas para los cambios políticos de fondo? ¿Se tiene en carpeta, acaso, plebiscitar la eliminación del Consejo de Seguridad Nacional o la derogación de la ley de amnistía?

Hay un conjunto de reformas constitucionales que aguardan su turno: pasar de un régimen presidencial a uno semi presidencialista, restablecer el sistema proporcional terminando con el binominalismo; darle a las regiones otro nivel de autonomía política; permitir la iniciativa popular de ley; asegurar las libertades culturales o los derechos sociales, etc.. Pero esta modernización constitucional difícilmente cabe en los cánones de la Constitución de 1980.

Mirando con la perspectiva del siglo que viene, más que un Plebiscito para acabar con los senadores designados se necesita uno para legitimar una nueva constitución. En las actuales condiciones de alineamiento político ello no es viable. El primer requisito para avanzar en ese camino es constituir una voluntad ciudadana por el cambio, una fuerza que hoy no emerge. El segundo es tener una alianza política gobernante que se decida por este camino, lo que tampoco se divisa con claridad. El tercero es romper con el acuerdo político militar que une a la derecha con las Fuerzas Armadas, un punto del todo estratégico.

El resultado de la acusación constitucional le mostró a las Fuerzas Armadas que su vinculación con la derecha le sigue dando beneficios; con Pinochet a la cabeza, la alianza política militar derechista continúa ocupando uno de los tres vértices del poder elitario. Es cierto, sin embargo, que la transición dentro del Ejército recién comienza; dicho de otro modo, la dictadura al interior de esta Rama de las Fuerzas Armadas acaba de finalizar.

A la hora de elegir, el pacto elitario con las Fuerzas Armadas debiera ser el primero en confrontarse, desde la cultura y desde la política, es decir, desde la ciudadanía y desde los partidos democráticos.

## 5. LA ULTIMA BATALLA DEL SIGLO XX POR LA DEMOCRACIA

Admitamos que el progresismo político no se correspondió con la voluntad del ciudadanía democrático, cediendo valiosísimos puntos al elitismo y la derecha política, en el tema de la acusación contra el ex dictador. Este severo traspies puede ser administrado políticamente por nuestro sector y su candidato, pero indudablemente es una derrota cultural, puesto que el espíritu de la historia republicana de Chile no se levantó a tiempo contra el espectro de su antihistoria. Cualesquiera sean las razones que se tuvieron en cuenta, primó una prudencia entendible para la elite pero inexplicable para la ciudadanía.

La lucha contra Pinochet, pieza clave del elitismo político militar, tuvo un lamentable contratiempo. Habrá, esperamos, nuevas oportunidades para continuarla, y aunque ello ocurra, como presumiblemente será, después del 2000, en la historia de Chile, Pinochet quedará como un personaje gravitante del último cuarto del siglo XX. Simbólicamente, la batalla que no se ganó habría permitido cerrar con dignidad la lucha contra los autoritarismos de este siglo.

## 6. LAS FRUSTRACIONES DE LA DECADA

El Informe del Desarrollo Humano (1998) sostiene que el actual modelo de modernización tiene un alto déficit de seguridad humana. Los índices positivos en el crecimiento económico, el aumento de los salarios, el descenso de la inflación o la disminución de la pobreza no se corresponden con la subjetividad de las personas, que tienen la percepción de un futuro precario. Aunque el país avanza, la seguridad humana no presenta un nivel satisfactorio, y la que ha logrado se encuentra distribuida desigualmente. La inseguridad de la que se da cuenta remite a tres temores básicos: *temor al otro* (prioritariamente, la delincuencia); *temor a la exclusión social* (que se asocia con no encontrar empleo, con una educación que no asegura el mañana de los hijos, con una previsión insuficiente y con una salud de costo médico amenazante), y *temor al sin sentido* ( que se materializa en un malestar difuso, una insatisfacción con una vida "economicista" e instrumental, que deja fuera los lazos comunitarios y las relaciones de gratuidad).

Este enfoque puede extenderse a la política. La ciudadanía pierde aceleradamente la confianza en quienes se desempeñan en las dirigencias partidarias; lo mismo respecto de los parlamentarios, a excepción de los que son identificados, mediante marketing televisivo, jugándose por los intereses de la gente, en actitud de rebeldía frente al juego de los que hablan pero no actúan. No hay una frase más lapidaria para los políticos que la de "todos son iguales", que representa una absoluta falta de fe en la sinceridad de sus propósitos, pero también, la confusión de las diferencias entre unos y otros. Para muchos la política es sólo una comedia de arreglos y arreglines; insubstancial y no querible. En ella no puede fundarse el futuro. Tampoco el pasado es deseable: ni el terror oscurantista de la dictadura ni la conflictividad radical de la unidad popular.

## 7. LLEGAR PRIMEROS A LA LINEA DE CAMBIO DE SIGLO

Es una paradoja, pero la última batalla del siglo XX contra el autoritarismo tuvo una configuración cultural que no es posible mantener en la próxima gran tensión ciudadana. El hito decisivo que se acerca inexorablemente es el nuevo siglo. El desafío para nuestro candidato es llegar antes a la línea de cambio de siglo y adueñarse de esa posición anticipadamente.

Desde ahí es necesario ahora mirar el país y ser mirados.

Por causas insondables de la propia naturaleza humana, y por la peculiaridad del tipo de socialización de la cultura occidental en que vivimos, pasar de un siglo a otro (más aún con el cambio de milenio) produce una incertidumbre existencial en la vida de cada uno y en la de todos como nación. Con mayor motivo si se consideran las condiciones de inseguridad personal y social, que tienen un origen en el modelo de desarrollo y la cultura política imperantes.

En consecuencia, el perfil que se requiere para responder adecuadamente a esta crucial inquietud ciudadana es la de una figura que, adelantándose al tiempo inmediato, se sitúa en la línea que todos inevitablemente deberán cruzar, pero que desearían hacerlo con la confianza puesta en un líder que les diga: "vengan, todo está bien aquí y será mejor después". Es una mano abierta que muestra que no se debe temer al nuevo siglo: que los viejos podrán vivir con su pensión y serán escuchados; que las mujeres tendrán acceso a mejores trabajos y participarán en las decisiones; que los jóvenes encontrarán espacios para su libertad y oportunidades para cumplir sus sueños; que los niños serán respetados y apoyados por los mayores; que los discapacitados verán el fin de las barreras que los marginan; que la intimidad del hogar será protegida; que los lugares públicos estarán seguros; que se podrá cultivar la amistad; que los que tengan problemas no quedarán solos; que el esfuerzo privado con sentido de comunidad será fortalecido; que el crecimiento garantizará el empleo; que la salud será accesible y la educación, una puerta abierta para todos.

Desde el sitio del cambio de siglo -no antes, no después, y sin caer en el milenarismo-, el líder de la ciudadanía democrática domina lo que se ve del siglo que viene y tiene una perspectiva histórica de la centuria que quedó atrás.

La Derecha, El Mercurio y una parte de la DC pretenderán impedir que nuestro candidato gane esa privilegiada ubicación del cambio de siglo. Insistirán en la "upeización" de su imagen y en su "antipinochetización"; el límite político en que querrán encuadrarlo serán los '70 - '80. El candidato debe impedir que ello suceda. Será objeto de provocaciones en ese plano. Pero la manera de enfrentarlas no es guardar silencio sobre Allende o sobre Pinochet, sino **referirse a cada uno con la justicia histórica de una mirada de larga duración** acerca del siglo que termina, que tiene un hito determinante en Arturo Alessandri, y luego en Pedro Aguirre Cerda, por el constitucionalismo democrático y ampliación de la ciudadanía del primero, y la equidad social y democratización cultural del segundo.

La óptica del cambio de siglo que proponemos conlleva una renovada concepción de la ciudadanía y del modelo de desarrollo. Apunta a la idea de una sociedad ciudadana o sociedad de personas; que no se contradice sino que se complementa con la afirmación de un Estado Social de Derecho y de una economía moderna y solidaria. Este acercamiento implica aceptar que los problemas sociales (pobreza, medio ambiente, trabajo, educación, salud, etc) no deben ser objeto solamente de **políticas públicas** (Estado) o de **Iniciativas privadas** (empresas), sino que la sociedad civil también está invitada a hacerse cargo de ellos, concibiendo la participación como **procesos de ciudadanía**. En esta lógica, los movimientos sociales (sindical, estudiantil, etc.) y los movimientos culturales (medioambiental, de género, etc.) no se ubican en antagonismo frente al Estado y los privados en la construcción social democrática. El "efecto ciudadano" de la campaña marcará la diferencia.

Francisco Javier Estévez

Santiago, 30 de abril de 1998

